

Vivir es morir

Algunos críticos repiten que todo verdadero poeta está siempre reescribiendo el mismo libro. Esta teoría es aplicable a Juan Luis Panero (Madrid, 1942), puesto que en su obra no se distingue apenas evolución, sino una reiteración de temas que merodean alrededor de un sujeto poético solitario y escéptico. Dichos temas son los propios de la «poesía figurativa», es decir, se insiste en un rechazo de los elementos irracionales del lenguaje haciendo hincapié en la emoción, la experiencia, el humor, la narrativa y el ambiente urbano. La edición en la colección de «Nuevos textos sagrados» de la obra completa de Juan Luis Panero* nos brinda la posibilidad de releer libros ya inencontrables que se habían convertido en obra de culto para algunos autores españoles. Dicha poesía completa reúne los siguientes títulos: *A través del Tiempo* (1968), *Los trucos de la muerte* (1975), *Desapariciones y fracasos*

(1978), *Juegos para aplazar la muerte. Poesía* (1966-1983), *Antes que llegue la noche* (1985), *Galería de fantasmas* (1988) y *Los viajes sin fin* (1993).

El primer poemario de Juan Luis Panero se publicó cuando él tenía veintiséis años, en plena eclosión «novísima». Este libro, como los dos siguientes, pasaron sin pena ni gloria en el tiempo en que fueron publicados debido, en gran parte, a que la crítica veía su obra como epígona de Cernuda y de Brines. Por otro lado también contribuyeron su ausencia de España y el espacio temporal que medió entre una publicación y otra. Jaime Siles confiesa que fue una suerte que sus libros no fueran apreciados en su justa medida precisamente por ser distintos y que una suerte mejor les estaba reservada: servir de guía y enlace con los poetas de la siguiente promoción (la poesía de la experiencia) quienes rechazaron radicalmente la estética novísima. Es cierto que hubo un exceso de falso brillo con las palabras y la utilización del lenguaje que no tenía nada que ver con los conceptos profundos del vanguardismo, sino con la envoltura del poema, y desde ese punto de vista la poesía de Juan Luis Panero estaba en las antípodas de los novísimos en cuanto al tratamiento del lenguaje, ajustándose más bien a un concepto temporalista que cantaba los repetidos fracasos —según García Martín— de

* Poesía completa (1968-1996), *Juan Luis Panero*, Tusquets Editores, *Nuevos textos sagrados*, Barcelona, 1997, 362 págs.

una vida desarrollada bajo la atenta mirada de la muerte. Efectivamente, ese «mismo» libro, reescrito en cada uno de los títulos, abarca una serie de temas que son constantes a lo largo de toda su obra. Destaca la obsesión por el envejecimiento del cuerpo y por la muerte (como en Gil de Biedma y Joan Vinyoli, con el que compartió muchas veladas y puntos de vista poéticos). La decadencia física da lugar a un personaje que no mira la vida con curiosidad, sino con la avidez de quien ya lo ha vivido todo. Naturalmente lo único que se salva es el tiempo sagrado de la infancia –así nos lo anuncia el primer poema «Memoria de la carne», y esto nos lleva a un tiempo detenido donde, suceda lo que sucediere, todo es asunto de la circunstancia y del instante. Esta mirada remite a un punto de vista un tanto conservador, en el sentido de favorecer la continuidad en las formas de vida siempre adversa a los cambios radicales; de ahí que el poeta se identifique con escritores suicidas o autodestructivos a través de notas necrológicas a modo de epitafios –otro de los temas constantes: Pavese, Cavafis, Costafreda, Malcon Lowry–, que le llevan a rememorar la sombra de otros escritores ya fallecidos para cobijarse en una especie de consuelo en la muerte: Eliot, Aleixandre, Cernuda, Juan Rulfo, Vinyoli. Ni una sola mujer pasea por esa gale-

ría de admirados fantasmas reales. La mujer es un tema literario, siempre amante o amada, nunca interlocutora. Muchas veces se concluye que la soledad existencial que nos transmite el poeta es debida justamente a no haber sabido cuajar una relación estable: «Si cuando encuentras a alguien que comparte tus días,/ tus noches más terribles, tu suma de fracasos,/ te da miedo decirle “sigamos juntos siempre”/ aunque sea una frase, aunque no te lo creas/ ¿qué final es el tuyo?, ¿qué es lo que aguardas?» Otras veces se lamenta de la soledad como si fuese una condición marcada a partir del paso de la adolescencia. Y en ese territorio, el de la soledad, en el que el poeta no se distancia demasiado de sí mismo, es donde habitan las palabras verdaderas. El alcohol, las noches inútiles, las charlas con los amigos, los encuentros casuales en hoteles, en suma, anécdotas de una existencia que ha transcurrido entre varios lugares enumerados geográficamente cuando le vienen a la memoria –que tanto recuerdan a Cernuda–, reflejan a un ser solitario que de vez en cuando evoca a la muerte de su padre –Leopoldo Panero–. Éste es otro de los temas que podemos encontrar a lo largo de todo su libro: «estar muerto en España es un lujo envidiable/ esta noche en tu casa mientras me sirvo un whisky/ y en el pesado vaso de cristal rayado/ el alcohol venera-